

FRAY LUIS DE LEÓN, TRADUCTOR DE SAN PABLO

La justicia de la Historia es a veces algo tardía. Los más y los mejores de los escriturarios que florecieron en los siglos XVI y XVII son españoles; y entre los más insignes escriturarios españoles de aquella edad de oro, figura, en primer término, el monje agustino Fray Luis de León. Y, no obstante, fuera de España Fray Luis de León es poco conocido, ni es apreciado como se merece: acaso porque sus mejores obras exegéticas están escritas en castellano. El centenario que se está ahora celebrando nos ofrece ocasión propicia, que no es lícito desperdiciar, para hacer justicia al incomparable autor de *Los Nombres de Cristo*.

Dentro del campo de los estudios bíblicos son muy variados los méritos de Fray Luis de León. Abarcarlos todos en pocas páginas, más que enaltecerlos, sería desflorarlos. Fuera de que «non omnia possumus omnes». Nos ceñiremos, pues, a uno de los puntos menos explorados, y más en armonía, por otra parte, con nuestras especiales aficiones. Estudiaremos a Fray Luis como intérprete de San Pablo.

Pero, aun así limitado, este campo sería todavía demasiado vasto. Por sus comentarios latinos sobre la Epístola a los Gálatas y la Segunda a los Tesalonicenses, ocupa Fray Luis un lugar muy honroso entre los comentaristas del Apóstol; por la maravillosa exposición que en *Los Nombres de Cristo* hace de los principales puntos de la Teología paulina es uno de los principales precursores, si no el principal, de lo que modernamente se ha llamado la Teología de San Pablo; por fin, en los mismos *Nombres de Cristo* intercala numerosos pasajes de las Epístolas paulinas, que traduce hermosamente al castellano. Por este último aspecto nos decidimos, por ahora.

Por ahora, decimos, pues no renunciamos, en ocasión más favorable, a estudiar a Fray Luis de León como expositor de la Teología de San Pablo. Entre tanto, séanos lícito manifestar nuestra más firme con-

vicción de que las más altas concepciones teológicas del gran Apóstol apenas han alcanzado jamás, ni antes ni después, una expresión tan amplia y profunda, tan exacta y luminosa, tan soberanamente bella, como en las magníficas especulaciones teológicas de *Los Nombres de Cristo*. Con organizar sencillamente esos elementos dispersos, se obtiene una maravillosa Teología de San Pablo.

Concretándonos, pues, a los pasajes de San Pablo, traducidos en *Los Nombres de Cristo*, primeramente los presentaremos reunidos conforme al orden usual de nuestras Biblias. Semejante colección, además de servir de base para ulteriores disquisiciones, ya por sí sola podría ofrecer grandísimo interés, así exegético como literario e histórico. Y para que con mayor facilidad, y como por vista de ojos, pueda apreciarse la índole de estas versiones, aun en sus pormenores más insignificantes, apelaremos al recurso tipográfico de presentar con diferentes tipos de letra las expresiones en que el exégeta sigue la Vulgata latina, apartándose del texto griego, o, viceversa, el texto griego separándose de la Vulgata, o bien traduce con cierta libertad, más atento al pensamiento que a la letra (1). Tras esto, estudiaremos los múltiples problemas que tales versiones sugieren.

I.—Pasajes de San Pablo traducidos por Fr. Luis de León ⁽²⁾

Rom., 1,4: Fué **determinado** [ser] hijo de Dios en fortaleza, según el espíritu de [la] santificación *en* la resurrección de los muertos *de Jesucristo*. (J. 187.)

(1) Las VERSALITAS indican coincidencia con la VULGATA (contra el griego); las **negrillas**, coincidencia con el **griego** de la Complutense (contra la Vulgata); las *cur-sivas*, un *cambio* de texto desprovisto de base documental. Las letras *espaciadas* denotan *libertad* en la traducción; y si las letras *espaciadas* son *cur-sivas*, señalan alguna *inexactitud* en la interpretación. Empleamos, además, el paréntesis cuadrado [] para significar o interpolación (si encierra algunas palabras) u omisión (si no encierra nada). El doble paréntesis cuadrado [[]] señala las interpolaciones latinas que no se hallan en la Vulgata Clementina. Por fin, el paréntesis agudo < > es signo de inversión, cuando el cambio de orden no es debido a la diferente índole de las lenguas.

(2) Citamos la edición de D. Federico de Onís, publicada por «La Lectura», en tres tomos, Madrid, 1914, 1917, 1922. Hemos empleado la ortografía actual, siempre

Rom., 4,25: *Murió* por nuestros delitos y *RESUCITÓ* por nuestra *santificación*. (Pd. 235.)

Rom., 5,1: Justificados *con la gracia*, [luego] **tenemos** paz con Dios. (Pr. 165.)

Rom., 5,5: La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado. (E. 202.) La caridad de Dios nos ha sido derramada por los corazones por el Espíritu Santo, que nos han dado. (A. 129.)

Rom., 6,1-2: Pues ¿qué diremos? ¿*Con vendrá* perseverar en el *pe car* para que se acreciente la gracia? En ninguna manera. Porque, los que *morimos* al pecado, ¿cómo se *compa de ce* que *viva mos* en él todavía? (Pd. 229.)

Rom., 6,4: *En* el bautismo *sois* sepultados y *muertos* juntamente con él. (Pd. 240.)

Rom., 6,6: *Sabemos* que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente [con él]. (Pd. 223.) [Porque] *habéis de saber* esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado para que sea destruído el cuerpo del pecado [y] para que no sirvamos más al pecado. (Pd. 229.)

Rom., 6,10: Si murió *por* el pecado[,] [ya] murió de una vez; *si vive*, vive [ya] a Dios. (Pd. 228.)

Rom., 7,4: Así que, hermanos, [] vosotros [ya] *estáis muert*os a la ley por medio del cuerpo de Cristo. (Pd. 230.)

Rom., 7,13: El pecado [que se comete] *habiendo ley*, *es pecado* en *manera superlativa*. (Pr. 159.)

Rom., 7,19-24: No hago el bien que *juzgo*, sino el mal que aborrezco [y condeno]..... *Juzgo bien* de la ley de Dios, según el hombre interior; pero veo otra ley en mí [mismo] *apetito*, que *contra dice* a la ley de mi *espíritu* y me *lleva cautivo* en segui-

que el cambio gráfico no introducía modificación fonética. Para abreviar las citas notamos solamente el «Nombre» con una sigla convencional y la página del tomo correspondiente. Para cuya inteligencia indicaremos los «Nombres» contenidos en cada tomo, con la sigla que hemos adoptado:

Tomo I: Pimpollo (= Pi.), Faces de Dios (= F.), Camino (= Ca.), Pastor (= Ps.), Monte (= M.), Padre del siglo futuro (= Pd.).

Tomo II: Brazo de Dios (= B.), Rey de Dios (= R.), Príncipe de paz (= Pr.), Esposo (= E.).

Tomo III: Hijo de Dios (= H.), Amado (= A.), Jesús (= J.), Cordero (= Co.).

miento de la ley de [] pecado, que en mis *inclinaciones* tiene asiento. Desventurado yo, [] ¿y quién me podrá librar de la maldad mortal de este cuerpo? (Pr. 166.)

Rom., 8,3: Lo que la ley no podía hacer, [y] en lo que se mostraba flaca por razón de la carne, Dios, ENVIANDO a su Hijo en semejanza de carne de pecado[.] [] *del* pecado condenó el pecado en la carne. (Pd. 230.)

Rom., 8,10: Si Cristo está en vosotros, [vuestro] cuerpo, sin duda, HA MUERTO *cuanto al* pecado, mas el espíritu VIVE por virtud de la justicia. (H. 95-96.)

Rom., 8,19-22: La esperanza de [toda] la criatura se endereza a cuándo se descubrirán los hijos de Dios; que [ahora] está sujeta [] a [] corrupción fuera de lo que apetece, [] por quien a ello le obliga [y la mantiene] con [esta] esperanza. Porque cuando los hijos de Dios vinieren a la libertad de su gloria, también *esta* criatura será libertada de [su] servidumbre y corrupción. Que cosa sabida es que todas las criaturas GIMEN Y ESTÁN DE PARTO hasta *aquel* día. (A. 124.)

Rom., 8,32: Quien no perdonó a su Hijo propio, antes le entregó por nosotros [] ¿qué cosa, de cuantas hay, DEJÓ de darnos con él? (Co. 224.)

Rom., 8,35: ¿Quién nos apartará de la caridad [y amor] de Dios? ¿La tribulación, [por aventura,] o la angustia, < > o la hambre, o la desnudez, o el peligro, < o LA PERSECUCIÓN, > o el cuchillo? (R. 101.) ¿Quién será poderoso para apartarnos del amor de [Jesu]-Cristo? (A. 138.)

Rom., 8,35-39: ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, [por ventura,] o la angustia, < > o la hambre, o la desnudez, o el peligro, < o LA PERSECUCIÓN, > o la espada?.... Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderíos, ni lo presente, **ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni, [finalmente,] criatura [] ninguna,** nos podrá apartar del amor de Dios [] en nuestro Señor Jesu-Cristo. (A. 140-141.)

Rom., 11,33: ¡O **hondura**[s] de las riquezas y sabiduría y conocimiento de Dios, cuán *no penetrables* son sus juicios y cuán dificultosos de rastrear sus caminos! (B. 32.)

Rom., 13,12-14: Desechemos, pues, las obras *escuras*, y vis-

tamos [] armas de luz, [y] como [quien anda] de día, andemos vestidos y honestos. No en convites y embriagueces, no en *desordenado sueño* y en [deshonestas] torpezas, ni [menos] en competencia[s] e invidia[s]; sino vestíos del Señor Jesu-Cristo. (Pi. 72.) Vestíos de [nuestro] Señor Jesu-Cristo. (J. 189.)

I Cor., 1,25: < Lo flaco de Dios [que parece,] es más valiente que la *fortaleza toda*; > y < lo *inconsiderado*, más sabio que [cuanto] los hombres [saben]. > (M. 163.)

I Cor., 3,1-2: COMO A NIÑOS [] OS DI LECHE, y no manjar [macizo]. (M. 184.)

I Cor., 6,17: El que se ayunta a *Dios*, h á c e s e un [mismo] espíritu [con Dios]. (E. 199.) El que se ayunta con *Dios*, s e h a c e un espíritu [con él]. (E. 209.)

I Cor., 9,22: A todos *se hace* todas las cosas, para *ganarlos* a todos. (Ps. 148.)

I Cor., 10,17: Todos somos un cuerpo LOS QUE participamos de un [mismo] m a n t e n i m i e n t o . (E. 204.)

I Cor., 12,12: Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, así también Cristo. (Pi. 73.)

I Cor., 15,22: Así como en Adán murieron todos, así [] c o b r a r o n vida en [Jesu-]Cristo. (E. 211-212.)

I Cor., 15,25-28: Conviene que reine él hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies, y a la postre de todos será destruída la muerte e n e m i g a . Porque todo lo sujetó a sus pies; mas cuando dice **que** todo le está sujeto, SIN DUDA [se entiende] t o d o , excepto aquel que se lo sujetó. Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo Hijo ESTARÁ SUJETO a aquél que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea < en todos > < todas las cosas > . (R. 127.)

2 Cor., 4,7-9: Tenemos *nuestro* tesoro en vasos de tierra, porque la *grandeza y alteza* n a z c a de Dios, y no de nosotros. En todas las cosas PADECEMOS TRIBULACIÓN, pero [en ninguna] somos afligidos. SOMOS metidos en congoja, mas no somos desamparados. PADECEMOS PERSECUCIÓN, mas no NOS FALTA EL FAVOR. [[HUMÍLLANNOS, PERO NO NOS AVERGÜENZAN.]] SOMOS derribados, mas no PERECEMOS. (R. 100-101.)

2 Cor., 5,14: Si *Cristo* murió por todos, luego todos m u r i m o s . (Pd. 223.)

Gal., 2,20; Vivo [yo], *mas* no yo, sino vive en mí [Jesu-]Cristo. (E. 203.) Vivo [yo], ya no yo, pero vive en mí [Jesu-]Cristo. (H. 99.)

Gal., 3,27-28: Todos los que en Cristo os habéis bautizado, os habéis vestido de [Jesu-]Cristo; [que] **allí** no hay judío ni gentil, *ni* [] libre ni esclavo, *ni* [] <hembra> ni <varón>, porque todos [] sois uno en < Jesu >-< Cristo >. (Pi. 72.)

Gal., 4,19: Hijuelos míos, que os engendro otra vez, hasta que < Cristo > < se forme > en vosotros. (Pi. 72.) Hijuelos míos, que os torno a parir, hasta que se forme Cristo en vosotros. (H. 80.)

Gal., 5,22-23: El fruto del Espíritu [Santo] son caridad, gozo, **paz**, **largueza de ánimo**, [] bondad, fe, mansedumbre y templanza. (Pd. 212-213.) Caridad [y] gozo, [y] paz [y] PACIENCIA [y] [] LARGA ESPERA EN LOS MALES. (H. 95.)

Gal., 6,15; *Acerca de* Cristo Jesús, ni es de ESTIMA la circuncisión ni el prepucio, sino la < criatura > < nueva >. (R. 92.)

Ef., 1,3: Bendito sea el < Padre > y < Dios > de nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos HA BENDECIDO con toda bendición espiritual y *sobrecelestial* en [Jesu-]Cristo. (F. 91.)

Ef., 1,10: [Dios] en Cristo **recapituló** todas las cosas. (Pd. 222.)

Ef., 2,5-6: Dios nos vivificó EN Cristo, y nos resucitó [con él] juntamente, y nos HIZO SENTAR juntamente [con él] en los cielos. (Pd. 224.) Y nos dió vida juntamente **con** Cristo, y nos resucitó con [él], y nos **asentó sobre las cumbres de los cielos**. (Pd. 236.)

Ef., 3,15: De quien *se deriva* toda [la] PATERNIDAD <de la tierra> y < del cielo >. (H. 44.)

Ef., 4,9-10: EL HABER SUBIDO, ¿qué es sino por haber descendido primero hasta lo b a j o de la tierra? El que descendió, ese mismo [] subió sobre todos los cielos, para henchir todas las cosas. (M. 170.)

Ef., 4,13: a [la edad de] perfecto varón, a la medida [] de la *grandeza* de Cristo. (H. 86.)

Ef., 5,29-32: Ninguno aborreció jamás a su carne, antes la alimenta y la abriga, como [] Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne de él y de sus huesos de él. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se ayuntará a su mujer, y serán [] dos en una carne. Esto es [un **secreto** y] un SACRAMENTO grandísimo, mas entiéndolo yo en la Iglesia con Cristo. (E. 199.)

Ef., 5,30: Somos un cuerpo, y somos miembros suyos, [hechos] de su carne y [hechos] de sus huesos. (E. 205.)

Ef., 5,31-32: Y serán [] dos en una carne. Gran SACRAMENTO es éste; pero entendiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia. (E. 204.)

Filp., 2,8-9: [Fué] hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual ensalzó [] su nombre Dios sobre todo nombre. (M. 170-171.) Obedeció [le] hasta la muerte, y [hasta la] muerte de cruz. (H. 32.)

Filp., 2,10: Para que al nombre de Jesús doble las rodillas todos, así los del cielo como los de la tierra y los del infierno. (M. 163.)

Filp., 3,13-14: Olvidando lo *pasado* y extendiendo [con el deseo] las manos a lo *por venir*, corra [y vuele] a la corona QUE LE ESTÁ PUESTA DELANTE. (J. 185.)

Filp., 3,20: Nuestra CONVERSACIÓN es en los cielos. (Ps. 137.)

Col., 1,15-16: Es imagen de Dios invisible, primogénito de todas las criaturas, porque todas se PRODUXERON *por* él, así **las** de los cielos como **las** de la tierra, las visibles y las invisibles. (H. 44-45.) Porque en él se PRODUXERON todas las cosas, así **las** de los cielos como **las** de la tierra, las visibles y las invisibles. (H. 45.)

Col., 1,15-19: Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque *para* él se FABRICARON todas, así en el cielo como en la tierra, las visibles y las invisibles; así [digamos] los tronos como las dominaciones, como los principados y potentados, todo por él y **para** él fué criado; y él es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen ser *por* él. Y él también del cuerpo de la Iglesia es la cabeza, y él mismo es [el] principio y [el] primogénito de los muertos, para que en todo tenga [] las primerías. Porque le PLUGO [al Padre y **tuvo por bien**] que se aposentase en él todo lo sumo y cumplido. (Pi. 70-71.)

Col., 1,18: Para que tenga [] principado y eminencia en todas las cosas. (M., 185.) Para que en todo tenga [] las primerías. (J. 201.)

Col., 1,20: Pacifica con su sangre [], así lo [que está] en el cielo como lo [que reside] en la tierra. (J. 176.)

Col., 2,9: En el cual reposa todo lo lleno de la DIVINIDAD. (M. 161.) Mora en él la plenitud de la DIVINIDAD [toda]. (Co. 238.)

Col., 3,3-4: Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios;

mas cuando *él* apareciere, [que es] vuestra vida, entonces *le pareceréis a él* en [la] gloria. (H. 104.)

Col., 3,9-10: Despojándoos del hombre viejo [], vestíos del nuevo, el **renovado** para conocimiento, según la imagen del que le crió. (Pd. 213.)

Col., 3,15: Y la paz de Dios [ALCE BANDERA y] **lleve la corona** en vuestros corazones. (H. 95.)

Tit., 3,5: No por las obras [] que hicimos, sino según su misericordia nos hizo salvos. (Ca. 121.)

Hebr., 1,3: Es resplandor DE GLORIA, y FIGURA [de su Padre y] de su sustancia. (H. 31.) **Sello** del Padre. (J. 159.)

Hebr., 1,4-5: Y *hízole* [Dios] tanto mayor que los ángeles, cuanto por herencia alcanzó sobre ellos nombre DIFERENTE. Porque ¿a cuál [] de los ángeles dijo: «Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy»? (H. 25.)

Hebr., 1,6: Cuando [Dios primeramente] introdujo a [su] Hijo en el mundo, se dijo: «Y adórenle todos sus ángeles.» (A. 117.)

Hebr., 2,10-11: Fué decente que aquel [de quien y] <por quien> [] y <para quien> son todas las cosas, **queriendo hacer** muchos hijos **para los llevar** a la gloria, al **príncipe** de la salud de ellos le perficionase con PASIÓN [y trabajos]; porque el que santifica y los santificados *han de ser todos de un mismo metal*. (R. 73.)

Hebr., 2,17: Por donde *convino* que fuese hecho semejante a sus hermanos en todo, para que fuese [cabal y] <fiel> y <misericordioso> pontífice [] para con Dios, para *apaciar* [le en] los pecados del pueblo. (R. 73-74.)

Hebr., 12,14: *Amad* la paz [] y la santidad, sin la cual no puede ninguno ver a Dios. (J. 185.)

II.—Problemas sugeridos por las versiones precedentes

I. VERSIÓN PERSONAL. — El primer problema que naturalmente ocurre es si Fray Luis de León utilizó alguna de las versiones existentes, o bien tradujo por su cuenta los pasajes que le interesaban. De las versiones de San Pablo, hasta entonces publicadas en castellano, de

Juan de Valdés, Francisco de Encinas, Juan Pérez de Pineda, Casiodoro de Reina y la anónima de 1563, sólo hemos podido comparar la de Casiodoro de Reina, y hemos comprobado que nada tiene que ver con ella la de Fray Luis de León. Creemos que mucho menos utilizó las otras versiones, más francamente luteranas o calvinistas, de tan difícil acceso y de tan peligrosa circulación por entonces en España, y cuyo uso hubiera dado pie a los émulo de Fray Luis para acusaciones más fundadas que las que contra él formularon.

Otra razón más positiva nos convence de que la versión de San Pablo que se lee en *Los Nombres de Cristo* es propia y personal de Fray Luis. En efecto, en los pasajes anteriormente transcritos se hallan hasta catorce textos traducidos dos veces, y otros tres traducidos tres veces. Si Fray Luis hubiera utilizado alguna versión existente, esas traducciones repetidas serían iguales o, por lo menos, más uniformes de lo que son en realidad. Las diferentes expresiones que emplea para traducir un mismo texto, en armonía con lo que está tratando, muestran que el intérprete traduce por su cuenta. Sirvan de comprobación unos pocos ejemplos. Rom., 5,5: «La caridad de Dios nos *es infundida en nuestros* corazones por el Espíritu Santo, que nos *es* dado» (E. 202). «La caridad de Dios nos *ha sido derramada por los* corazones por el Espíritu Santo, que nos *han* dado» (A. 129). — I Cor., 6,17: «El que se ayunta a Dios, *hácese* un mismo espíritu con Dios». «El que se ayunta con Dios, *se hace* un espíritu con él» (E. 199 y 209). — Gal., 4,19: «Hijuelos míos, que os *engendro otra vez*, hasta que Cristo se forme en vosotros» (Pi. 72). «Hijuelos míos, que os *torno a parir*, hasta que se forme Cristo en vosotros» (H. 80). — Ef., 5,30: «Somos *miembros de su cuerpo*, de su carne *de él* y de sus huesos *de él*» (E. 199). «Somos *un cuerpo*, y somos miembros suyos, hechos de su carne y hechos de sus huesos» (E. 205). — Filp., 2,8: «*Fué* hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (M. 170). «*Obedeció*le hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz» (H. 32). — Col., 1,15: «*Primogénito* de todas las criaturas» (H. 44). «*El engendrado primero* que todas las criaturas» (H. 45). — Col., 2,9: «En *el cual reposa todo lo lleno* de la divinidad» (M. 161). «*Mora en él la plenitud* de la divinidad *toda*» (Co. 238). En varios de los ejemplos aducidos las diferencias son tanto más significativas, cuanto que se hallan en un mismo contexto. En otros textos, que luego estudiaremos, un mismo pasaje está traducido, ora de la Vulgata, ora del texto original: argumento más poderoso todavía de que Fray

Luis no se ataba a ninguna traducción existente. Por fin, el tono continuo de la traducción es genuinamente leonino, imposible de confundir con la expresión de cualquier otro escritor. Y la misma libertad que emplea en la versión es por sí sola razón suficiente de que el traductor habla por cuenta propia.

2. TEXTO QUE SIRVE DE BASE A LA TRADUCCIÓN. — Otro problema más interesante todavía es el concerniente al texto que sirvió de base a la traducción. La solución a este problema es por extremo compleja. Hay que proceder por partes.

Por de pronto, Fray Luis no se atuvo fija e invariablemente a un texto. Unas veces, las más, traduce de la Vulgata latina, adoptando las variantes en que se diferencia del griego; otras, sin embargo, bastante frecuentes, se vale del texto original, reproduciendo las lecciones en que difiere de la Vulgata. Y es lo más curioso del caso, que un mismo pasaje lo traduce unas veces del latín y otras del griego. Más aún: en una misma versión reúne simultáneamente ambas lecciones, la griega y la latina.

El texto griego que hubo a las manos debió de ser el de las Políglotas de Alcalá o de Amberes, con el cual coinciden exactamente sus versiones. Si bien, en absoluto, pudo ser también el de las ediciones más manuales de Roberto Estéfano. La Vulgata empleada por Fray Luis no podía ser, naturalmente, la Clementina de 1592, ya que las tres ediciones de *Los Nombres de Cristo*, hechas en vida del autor, vieron la luz pública los años de 1583, 1585 y 1587. Lo que ya no es claro es cuál de las ediciones preclementinas siguió el docto agustino, si es que se atuvo a alguna de ellas en particular. Sobre este punto nos dará alguna mayor luz su comentario latino sobre la Epístola a los Gálatas. En él se reproduce el texto del Apóstol por secciones o perícopes bastante breves, que a continuación se exponen con bastante amplitud en el comentario. Ahora bien, el texto que se antepone al comentario y el que en él se intercala, con frecuencia no coinciden entre sí. Además, ni el uno ni el otro coinciden en todo exactamente con ninguna de las ediciones por entonces más usuales; como la de Alcalá, las de París y las de Lovaina. Más aún: aparecen de vez en cuando algunas lecciones, ora comunes al texto y al comentario, ora propias de solo el comentario, que no se hallan en ninguna de las ediciones. Tales son, por ejemplo, Gal., I,7 *quidam* (repetido hasta tres veces) en vez de *aliqui*; Gal., I,14 *omnes*, que se lee dos veces en el comentario,

en vez de *multos*, que se halla en el texto en conformidad con todas las ediciones.

Más curioso es el fenómeno del empleo simultáneo que se hace del latín y del griego, ora en dos versiones diferentes, ora dentro de una misma versión. Ejemplos de lo primero son: Ef., 2,6: *nos hizo sentar juntamente con él en los cielos* (= *consedere fecit in caelestibus*) (Pd. 224), *nos asentó sobre las cumbres de los cielos* (= *συνεκάθισεν ἐν τοῖς ἐπουρανίοις*). — Hebr., 1,3: *figura* (= *figura*) (H. 31), *sello* (= *χαρὰκτήρ*) (J. 159). Son ejemplos de lo segundo: Col. 1,19: *plugo* (= *complacuit*) *al Padre y tuvo por bien* (= *εὐδόκησεν*) (Pi. 71). — Col., 3,15: *alce bandera* (= *exsultet* ?) *y lleve la corona* (= *βραβεύεται*) (H. 95). A este último género parecen pertenecer estos otros ejemplos: Rom., 8,35: *¿Quién nos apartará de la caridad* (= *caritate*) *y amor* (= *ἀγάπης*) *de Dios?* (R. 101). — Ef., 5,32: *Esto es un secreto* (= *μυστήριον*) *y un sacramento* (= *sacramentum*) *grandísimo* (E. 199). — Hebr., 2,10: *con pasión* (= *passionem*) *y trabajos* (= *παθημάτων*) (R. 73).

CRÍTICA TEXTUAL. — En todos esos fenómenos, a primera vista tan extraños, ¿guiaban a Fray Luis de León algunos principios fijos de crítica textual?

Ante todo, sería injusticia juzgar al autor de *Los Nombres de Cristo* conforme al rígido criterio que en nuestros días predomina. Él no se había dedicado a la investigación y estudio de los códices, ni podía disponer de las ediciones críticas que hoy día poseemos, ni se había formado un sistema fijo de crítica textual, que sólo el trabajo empuñado de varios siglos habían de producir. El mismo ambiente en que vivía no era nada favorable a esa clase de estudios. Nadie apenas por entonces se preocupaba por las variantes que no modifican el sentido del texto. Y entre las mismas variantes que ofrecen sentido diferente, no solían decidirse por una determinadamente, menos aún conforme a principios científicos, sino que optaban indistintamente por una o por otra, según el caso lo requiriera. Aquella expresión tan corriente entre nuestros clásicos: «como dice otra letra», es indicio manifiesto de la anchura de criterio con que admitían toda clase de variantes.

Sin embargo, Fray Luis de León, si en la práctica se acomoda ordinariamente a la costumbre general, todavía, en determinados casos, cuando la selección entre variantes rivales le interesa, sabe regirse por principios sanos de crítica textual. Pues no sólo recurre al texto original y a las antiguas versiones, sino que sabe distinguir entre los mis-

mos códices de la Vulgata, para dar la preferencia a los mejores. Véase, por ejemplo, lo que escribe en su comentario a los Gálatas: «Imprimis sciri debet, in illo *et in vobis crucifixus*, illud *et* redundare, quod ex graecis et syris codicibus intelligitur, et ex emendatis libris vulgatae editionis; tum et illud sciendum est pro *proscriptus* nonnullos latinos codices habere *praescriptus*» (MAG. LUYSI LEGIONENSIS *opera*. Tom 3. Salmanticae, 1892, p. 289). Más adelante, en vez de la lectura de la Vulgata, *Sina enim mons est in Arabia* (Gal., 4,25), admite la del *textus receptus*: «Nam graeci codices, quod et graeci explanatores et e latinis Ambrosius agnoscunt, hic sic habent: *ipsum enim Agar Sina mons est in Arabia*..... Quod et syriaca editio confirmat» (Ib., p. 364). Coinciden con el criterio de Fray Luis, entre otros, von Soden, Vogels y, sustancialmente, Westcott-Hort, Weiss y Nestle.

Conforme a estos principios, Fray Luis de León da frecuentemente en sus versiones la preferencia al texto griego, dejando a un lado la variante menos acertada de la Vulgata latina. Señalaremos algunos casos más característicos. Rom., 1,4: **Fue determinado** ser hijo de Dios (J. 187). — Rom., 11,13: ¡O **honduras** de las riquezas y sabiduría y conocimiento de Dios! (B. 32). — Col., 1,16: **Todo por él y para él fue criado** (Pi. 70). — Hebr., 2,10: **Al príncipe** de la salud de ellos (R. 73), y, sobre todo, Ef., 1,10: **Dios en Cristo recapituló todas las cosas** (Pd. 222).

FIDELIDAD DE LA TRADUCCIÓN. — Si del texto pasamos a su interpretación, causa verdadera fruición la exactitud con que habitualmente, salvo raras excepciones, Fray Luis traduce a San Pablo. No era de esperar otra cosa de tan insigne escritor. Para mayor claridad, distingamos entre la verdad con que reproduce el pensamiento del Apóstol y la literalidad con que ajusta la frase castellana a las expresiones originales.

En lo primero es maestro Fray Luis. Recórranse las versiones antes transcritas, y se verá y admirará la fidelidad y precisión con que expresa en castellano el pensamiento del grande Apóstol. En esto, sus comentarios a los Gálatas y Segunda a los Tesalonicenses son obras maestras, que merecen mayor atención y aprecio del que generalmente han alcanzado, como tuvimos ocasión de hacerlo notar en *Verbum Domini* (2 [1922], 241).

No es tan estricta la fidelidad literal como la interpretación del pensamiento. Fray Luis de León, que con tan escrupulosa y minuciosa

exactitud traduce el libro de Job o el Cantar de los Cantares, es bastante más libre al traducir a San Pablo. La razón de esta diferencia es obvia. Allí, el docto hebraísta y escriturario tenía conciencia de traducir en sí y por sí el mismo texto sagrado: de ahí la escrupulosidad en ceñirse a la letra lo más ajustadamente posible. Aquí, en cambio, el sabio teólogo, al escudriñar los divinos tesoros escondidos en *Los Nombres de Cristo*, considera a San Pablo como al maestro que tiene la misión providencial de «iluminar cuál es la economía del misterio» de Cristo (Ef. 3,9); por esto, más que a la corteza de las palabras atiende al fondo de su pensamiento. En estas circunstancias lo extraño es, no que algunas veces maneje con alguna libertad las palabras del Apóstol, sino más bien que generalmente las reproduzca con bastante exactitud y fidelidad.

Unas veces esta libertad afecta únicamente a la forma gramatical o expresión literaria. Así, por ejemplo, en Rom., 6,4, en vez de traducir literalmente «Fuimos con él sepultados por medio del bautismo para muerte», traduce libremente: *En el bautismo sois sepultados y muertos juntamente con él* (Pd. 240). En semejante traducción se atenúan algunos matices del original, pero para dar más énfasis a otros elementos que interesan más a lo que va diciendo. En este sentido a veces abrevisa las expresiones, por las cuales quiere como pasar de corrida, y amplifica en cambio otras, en las cuales quiere hacer más hincapié.

Otras veces la libertad va más al fondo. Así, en Rom., 5,1, en vez de traducir conforme al original y a todas las versiones «Justificados por la fe», traduce *Justificados con la gracia* (Pr. 165). La razón de este cambio no es, como pudiera acaso parecer, evitar la expresión de «justificación por la fe», que para algunos podría quizá ser sospechosa de luteranismo, sino sencillamente porque está el teólogo tratando sobre la eficacia de la gracia divina, para lo cual cuadraba mejor la justificación por la gracia que no la justificación por la fe. Por otra parte, esta sustitución nada tenía de arbitraria, puesto que a continuación entre la fe y la paz con Dios interpone el Apóstol la gracia. Porque dice: «Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesu-Cristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual estamos.» (Rom., 5,1-2.) Fuera de que en la Epístola a Tito (3,7) emplea San Pablo la expresión misma de «Justificados por la gracia». El cambio, pues, ni es arbitrario, ni falsea el pensamiento de San Pablo.

PROPIEDAD Y ELEGANCIA. — Para quien haya leído a Fray Luis de León, le parecerá, no sin razón, enteramente superfluo advertir que sus versiones, sean literales, sean más libres, son siempre gramaticalmente propias y castizas, son siempre literariamente elegantes y expresivas, fluidas y vigorosas. Pero dentro de la elegancia general, se leen con frecuencia pasajes tan soberanamente bellos como éstos: *Olvidando lo pasado y extendiendo con el deseo las manos a lo por venir, corra y vuele a la corona que le está puesta delante* (Filp., 3, 13-14. J., 185). *Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque para él se fabricaron todas, así en el cielo como en la tierra, las visibles y las invisibles; así digamos los tronos como las dominaciones, como los principados y potentados, todo por él y para él fué criado; y él es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen ser por él. Y él también del cuerpo de la Iglesia es la cabeza, y él mismo es el principio y el primogénito de los muertos, para que en todo tenga las primerías. Porque le plugo al Padre y tuvo por bien que se aposentase en él todo lo sumo y cumplido* (Col., 1, 15-19. Pi. 70-71). *Y la paz de Dios alce bandera y lleve la corona en vuestros corazones* (Col., 3, 15. H. 95). Al leer y saborear semejantes versiones, se duele uno de que el incomparable maestro del habla castellana, que tan perfectamente conocía a San Pablo, no emprendiera la versión de sus Epístolas enteras y la llevara a cabo con el esmero con que tradujo el libro de Job o los Cantares.

CONCLUSIÓN. — Pero, lo hemos dicho al principio, lo más admirable en Fray Luis de León no es precisamente la maestría, la gallardía y soltura con que traduce la palabra, tan difícil a veces de traducir, del Apóstol de las gentes; lo más admirable y asombroso en él es la profunda comprensión que alcanzó, y que revela en sus escritos, de la Teología de San Pablo. Para justificar esta aserción, que pudiera parecer exagerada, copiaremos un pasaje del *Padre del siglo futuro*, cuya lectura aun hoy día, después de las magníficas Teologías de San Pablo que se han escrito, causa, más que maravilla, verdadero estupor. Dice así el gran teólogo de San Pablo: «Sant Pablo, movido por él (el Espíritu Santo), en la carta que escribe a los efesios, dice lo que ya he alegado antes de agora: que *Dios en Cristo recapituló todas las cosas*. Adonde la palabra del texto griego es palabra propia de los contadores, y significa lo que hacen cuando muchas y diferentes partidas las reducen a una, lo cual en castellano llamamos *sumar*. Adonde en la

suma están las partidas todas, no como antes estaban ellas en sí divididas, sino como en suma y virtud. Pues de la misma manera dice Sant Pablo que Dios sumó todas las cosas en Cristo, o que Cristo es como una suma de todo; y, por consiguiente, está en él puesto todo y ayuntado por Dios espiritual y secretamente, según aquella manera y según aquel ser en que todo puede ser por él reformado, y, como si dijésemos, reengendrado otra vez: como el efecto está unido a su causa antes que salga de ella, y como el ramo en su raíz y principio. Pues aquella consecuencia que hace el mismo Sant Pablo, diciendo: *Si Cristo murió por todos, luego todos murimos*, notoria cosa es que estriba y que tiene fuerza en aquesta unión que decimos. Porque muriendo él, por eso murimos, porque estábamos en él todos en la forma que he dicho. Y aun esto mismo se colige más claro de lo que a los romanos escribe: *Sabemos*, dice, *que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con él*. Si fué crucificado con él, estaba sin duda en él; no por lo que tocaba a su persona de Cristo, la cual fué siempre libre de todo pecado y vejez, sino porque tenía unidas y juntas consigo mismo nuestras personas por secreta virtud. Y por razón de esta misma unión y ayuntamiento se escribe, en otro lugar, de Cristo, que *nuestros pecados todos los subió en sí* y los enclavó *en el madero*. Y lo que a los efesios escribe Sant Pablo: que *Dios nos vivificó en Cristo, y nos resucitó con él juntamente, y nos hizo sentar juntamente con él en los cielos*; aun antes de la resurrección y glorificación general se dice y escribe con gran verdad por razón de aquesta unidad. » (Pd. 222-224.)

JOSÉ M. BOVER